

La otra Venecia

de Predrag Matvejević

Mauricio Molina



Un fantasma acecha a quien quiera escribir sobre Venecia: la sensación de que cualquier tema que se elija, éste ya ha sido escogido por otros autores. Se ha escrito tanto sobre la Serenísima que resulta casi imposible decir algo nuevo. Capital del disfraz y de la máscara, Venecia se oculta en la pintura de Tiziano y Canaletto, en la música de Albinoni y Vivaldi, en la correspondencia de Goethe, en las crónicas de Stendhal, en las novelas de Thomas Mann, Daphne Du Maurier o Ian McEwan, en el cine de Visconti, Nicolas Roeg o Paul Schrader.

Henry James describió a la Serenísima como una enorme casa cuyo único techo es el cosmos y cuyas construcciones son como los muebles que guardan secretos y misterios. En Venecia nada es lo que parece. Una ciudad de colores herrumbrosos, que emergen de unas aguas oscuras y pesadas, como el sueño de una mujer indiferente que se sabe hermosa e inexplicable, es como una joya extraña. Ninguna ciudad se parece a ésta: permanece más allá del tiempo, más allá de las eras históricas y de los cambios, siempre igual a sí misma.

El escritor serbio Predrag Matvejević ha acometido la casi imposible tarea de escribir un libro que diga algo nuevo sobre la Serenísima o que nos devuelva la ciudad más allá de la literatura o del mito, y se ha salido con la suya. *La otra Venecia* aborda la mágica ciudad utilizando, desde el terreno formal, la miniatura, y desde el punto de vista del estilo, el distanciamiento. El fragmento, forma sutil de la narración y estrategia para la iluminación, permite a Matvejević tener una perspectiva amplificada de las cosas: es como si el autor estuviera mirando con lupa (o con un telescopio, desde otro planeta) ciertas zonas privilegiadas de la ciudad. El extrañamiento, a su vez, lo deja observar la

ciudad con los ojos del recién llegado, del éxota (que observa el exotismo de la realidad). La idea no es nueva: Viktor Schklovski —maestro del formalismo ruso y descubridor de la técnica del extrañamiento— decía que para describir un caballo había que hacerlo como si jamás se lo hubiese visto. En pocas palabras, el principio es el de la inocencia (simulada) que permite mirar un objeto, una situación, el Universo entero, con los ojos asombrados del recién llegado. Esta técnica de *extrañamiento minimalista* permite a Matvejević evadirse del cliché, del *déjà vu*, para atravesar el laberinto simbólico que rodea a Venecia y nos permite, a través de su libro, atisbar los canales, la flora, el pan, las genealogías, los personajes que la habitan. De este modo Matvejević desconstruye la ciudad de los canales, no describiendo grandes escenarios ni narrando historias portentosas sino describiendo los fragmentos de un rompecabezas.

La otra Venecia es un mosaico de imágenes dispersas que, en conjunto, nos regalan la Venecia que las novelas, los filmes o los frescos históricos no han podido otorgarnos. Matvejević se detiene en los pilotes que aparecen en las orillas de los canales, en las algas que crecen dentro de ellos, en la herrumbre que invade las paredes y que otorga a la ciudad esa cualidad verdosa, esa sensación de descomposición permanente, de tiempo que parece detenerse, que la reviste de un aura de eternidad.

Como en la lógica de los fractales, donde la parte define el todo, cada fragmento de *La otra Venecia*, a pesar del minimalismo de su expresión, nunca pierde la perspectiva. Es como si, al describir los diversos panes que se comen en Venecia (desde el pan de los pobres hasta el lujoso pan de los ricos, pasando por el pan ázimo de las sinagogas)

Matvejević resumiera la historia de la Serenísima: saqueada por los invasores, enriquecida por el comercio, diversificada por las migraciones de otomanos, judíos, eslavos.

Toda ciudad mágica tiene sus secretos. Venecia es una de las grandes capitales de lo oculto. Aún en sus detalles más insignificantes Matvejević descubre esta vocación de la ciudad hacia el misterio. Hay en ella una serie de pequeñas esculturas que no están dedicadas a ningún santo, a ningún dios romano, a ninguna deidad identificable. Se trata de rostros, figuras animales, emblemas, signos que se pueden encontrar en los balcones antiguos, sobre algún pilote que no ha destruido algún turista o tiradas en el piso porque se han caído de alguna parte como meteoritos. Muchos eruditos y cronistas ni siquiera han reparado en ellas, prueba de que la erudición conlleva siempre un rasgo profundo de ignorancia suprema. A esas piedras se las llama *páteras* al decir de Matvejević y se ha llegado a afirmar que fueron llevadas hasta Venecia por los bogomilos, la tribu gnóstica que odiaba al dios de la *Biblia* porque consideraba que había creado un universo lleno de defectos. Acaso de ahí provenga esa sensación de decadencia permanente, de erotismo enfermizo de perversa sensualidad que impregna a Venecia como una enfermedad sagrada.

Ciudad mestiza, como todas las grandes metrópolis, Venecia permanece, exótica y sensual, decadente y exquisita, secreta y esotérica, dispuesta a otorgar sus secretos a quien sepa cómo mirarla, cómo descubrirla. Predrag Matvejević ha escrito un libro delicioso, simple en apariencia, pero lleno de poesía, sobre una de las ciudades más hermosas de la Tierra. **U**

Predrag Matvejević, *La otra Venecia*, Pretextos, Valencia, 2004, 161 pp.